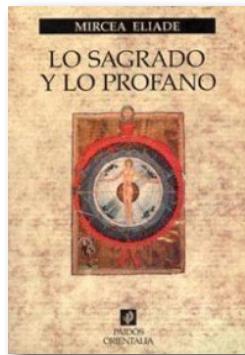


Lo sagrado y lo profano¹

Mircea Eliade

Diego Orduño Guerra²



Mircea Eliade publicó uno de sus libros más conocidos, *Lo sagrado y lo profano*, en 1957; no es su trabajo más riguroso en términos científicos, pues fue parte de “un esfuerzo de simplificación para interesar a lectores poco familiarizados con los problemas de la fenomenología y de la historia de las religiones. Sin embargo, la publicación sí aportó al ordenar algunas ideas de su extenso *Tratado de historia de las religiones*, particularmente caracterizando tanto la relación simbólica entre ser humano y naturaleza como el espacio y tiempo sagrados. Estas aportaciones, sumadas al lenguaje accesible (y hasta poético) le concedieron el estatus de *clásico* dentro de la historia y la fenomenología de las religiones. Se ha escrito mucho sobre el libro, muy probablemente gracias a su dimensión narrativa, que permite que siga dando de sí. Aun así, poco valdría a setenta años de distancia una reseña del libro desde la historia y la fenomenología de la religión; sin embargo, si se lee desde otros ámbitos, de forma interdisciplinaria, podría resultar verdaderamente sugerente. Es el caso de la teoría de la arquitectura, y desde esa perspectiva se plantea esta reseña.

La crisis de sentido que atraviesa la arquitectura desde mitades del siglo XX ha devenido en búsquedas teóricas y proyectuales que han fracasado después de períodos relativamente cortos de tiempo: proyecto moderno, posmoderno, estructuralismo, deconstructivismo, etc. Si hay un acuerdo generalizado, paradójicamente sería el de que no hay forma de establecer orientaciones comunes para las construcciones de los espacios habitados. La religión había ofrecido históricamente ese marco de referencia, un piso común para la sociedad que, tras una larga secularización, pareciera haber quedado hecha en puros fragmentos. El problema es que, aun en este contexto de fragmentación, se siguen habitando espacios comunes, compartidos, que han devenido y siguen deviniendo en conflictos.

Eliade escribe su libro desde un contexto en el que ya se intuían los estragos de la secularización para el hombre moderno (lo menciona con claridad en el prólogo de la segunda edición), y ofrece, en el primer capítulo, una caracterización de lo que es “espacio sagrado” y “espacio profano”. Desde la primera página describe con claridad las características del primero: la sacralidad del espacio consiste en que no es homogéneo. Hay

¹ Eliade, Mircea (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona, Paidós | 16 x 1.5 x 22 cm | ISBN 8449305136

² Nacionalidad: mexicano; adscripción institucional: ITESO; maestro en filosofía; email: diego.orduno@iteso.mx; ORCID: 0009-0004-5350-5368

porciones de espacio cualitativamente diferentes unas de otras; esto gracias a que se presenta un punto central o eje de referencia, que establece roturas o escisiones en la experiencia del espacio. Ese punto de referencia permite orientar una instalación en el mundo. El espacio profano se define por oposición al sagrado: homogéneo, sin estructura ni consistencia, amorfo. Desde la arquitectura, esta caracterización del espacio invita a cuestionar si dicho espacio profano es realmente posible en un sentido radical. Vale detenerse a reflexionar en lo que sostenía, y quizás pueda seguir sosteniendo (aunque de diferente forma) un espacio compartido: roturas, puntos significativos y orientaciones espaciales. Así, a la teoría de la arquitectura actual se le preguntaría cuáles son los puntos de referencia en el territorio o en la ciudad contemporánea. ¿En qué términos se entienden? No tendrían que ser religiosos, pero sí públicos, reconociendo otredades. Una lectura hermenéutica de Eliade invitaría a pensar en una ciudad no como retícula homogénea, radicalmente cartesiana, sino como “espacios cualitativamente distintos unos de otros”, con “roturas” y significativos “puntos de orientación”. Es decir: espacios, lugares, con densidades ontológicas distintas entre sí. Otra dimensión muy sugerente del texto de Eliade sería la traspolación de características de lo sagrado de una escala a otra; en esos térmicos, un parque, el edificio de vivienda colectiva o la casa unifamiliar deberían concebirse con las mismas características.

En el fondo del libro hay una concepción antropológica del ser humano, bien nítida, que afirma que no se puede vivir en la homogeneidad del espacio profano, sin orientaciones, rupturas, distinciones, referencias. Ya Eliade mismo sugería que estas estructuras han quedado como reminiscencia dentro de las sociedades seculares.³ Podemos encontrar aquí la fundamentación originaria de propuestas que luego vendrían con Jane Jacobs o Rem Koolhas, Kevin Lynch, los Venturi, entre tantos otros. Es sorprendente la actualidad de las características que Eliade atribuye a lo sagrado (no-homogeneidad, roturas, porciones cualitativamente diversas) en un contexto donde ya se ve claramente el fracaso

del movimiento moderno. Para éste último, el espacio era fundamentalmente homogéneo, una extensión cartesiana, mensurable y radicalmente objetiva. Si Eliade defiende que incluso la existencia más desacralizada posible sigue conservando las estructuras del espacio sagrado, nos está invitando a repensarlas dentro de los contextos aparentemente profanos; podríamos ponerlas a prueba como estructuras que sostengan una vida común; actualmente, quizás, esto ya se podría entender no simplemente entre personas sino en relación con otras formas de vida. Se puede pensar en términos muy concretos: entre más homogéneas fueron las grandes propuestas urbanas, o habitacionales, del movimiento moderno (deliberadamente secular), menos capaces de acoger la vida de los seres humanos de carne y hueso. Muchos complejos multifamiliares han tenido que ser abandonados o demolidos, y ciudades como Brasilia se estudian como fracaso.

El espacio sagrado distingue cualitativamente, ofrece diferentes grados de intimidad, de velocidad en el paso del tiempo; en un contexto secular también podríamos afirmar que no es lo mismo mi casa que la banqueta, ni la sala de mi departamento que la recámara; es evidente que son cualitativamente distintas. En cada transición entre esas porciones de espacio hay rupturas de nivel, que tienen que ser arquitecturadas. Eliade nos describe como se han construido esas transiciones, cuáles son sus características espaciales, temporales y simbólicas. Esas descripciones se convierten en herramientas para producir arquitectura con sentido, con orientaciones, con significación. Las características del espacio y tiempo sagrados quizás podrían ordenar tanto la casa propia como la ciudad: los lugares de trabajo cotidianos, el café o bar al que se va regularmente y la librería de confianza también son puntos de orientación, cualitativamente diversos, con sus rupturas y sus sentidos. Mi barrio se siente diferente que cualquier otro. El ser humano, esto nos lo ha dicho la fenomenología de la arquitectura, no vive en ese espacio homogéneo. Estas rupturas cualitativas del espacio se articulan al complejizar una transición, ritualizarla, para pasar de un

³ Habría que preguntar aquí si el que se reproduzcan las mismas estructuras, aunque con distinto lenguaje, no significa que la sociedad secular siga siendo religiosa y tan solo utilice “otras palabras” (otros espacios, ritos, símbolos) para expresar su experiencia del mundo. Una exploración sugerente que ya lleva camino dentro de la antropología cultural. No es este, sin embargo, el espacio para abordarlo.

lugar a otro; así se ordena y respeta la ruptura de nivel. Una casa también demanda un rito de acceso, una prueba, una protección; una vivienda especialmente significativa para alguien no puede quedar demasiado expuesta al espacio público.

El libro de Eliade se constituye de cuatro grandes capítulos: el primero dedicado al espacio, el segundo al tiempo, el tercero a los símbolos y el cuarto a las formas en como se viven dentro de la experiencia humana. Quizás la arquitectura contemporánea ya no debería ser entendida tan solo como un arte del espacio, sino también del tiempo y del símbolo. Eliade nos invita a habitar el mundo en esas tres dimensiones: espacio, tiempo y símbolo. ¿Cómo se articula la construcción de un mundo habitable si no es desde ellas? Ya el habitar Heideggeriano, que tanto ha permeado en círculos arquitectónicos, se apoya en el vacío, la holgura, que ofrecen el tiempo, el espacio y el símbolo para que la persona se apropie ontológicamente de su habitar. Eliade desmenuza las formas como se conciben esas rupturas, esas orientaciones, esos ciclos temporales, la forma como estas se vinculan con la naturaleza, y la necesidad de interpretarlas y expresarlas en formas espaciales y temporales, y también simbólicas. Años después, Eugenio Trías también ofrecería una teoría de la arquitectura a través del espacio y lo que tiene de simbólico en su *Lógica del límite*; Trías, a diferencia de Eliade, desarticula la experiencia simbólica del espacio y el tiempo: una es arquitectónica y otra musical. El estudio de las formas sagradas del habitar que nos ofrece Eliade acercaba estas dimensiones a una experiencia humana unitaria. Y podemos rastrear en ellas, además, algunas estrategias proyectuales sobre orientaciones para la vida común.

Habiendo tantas publicaciones teóricas sobre la arquitectura contemporánea, y sobre cualquier cosa, es legítimo preguntar: ¿por qué leer a Eliade? Quizás, precisamente, por ello; en un momento donde la avalancha de publicaciones abruma, y nos dificulta cada vez más la selección de lecturas para formar nuestro pensamiento, quizás lo mejor sea regresar a los clásicos para encontrar un fundamento sólido. Regresar a ellos, pero con ojos renovados. Esto es un ejercicio hermenéutico, con los riesgos que conlleva, pero es un ejercicio que vale la pena realizar.